

Rita la ratoncita vivía en un lugar en el que nadie es forastero. Allí donde el viento se corta en las rocas y la lluvia se difumina en las olas del mar. Siempre llevaba un paraguas rayado en blanco y negro y un lazo rojo prendido del cuello. Su bella casita, hecha de muchas, muchas piedras era un monumento muy conocido por los habitantes de su ciudad, la llamaban, ¡la Gran Torre de Hércules!

Roque, era un ratoncito que vivía en la ciudad del amor y de los buenos quesos. Oh la lá, ¡si! ¡París! Le gustaban mucho las alturas así que, decidió instalarse en una vivienda muy peculiar, hecha con muchos, muchos hierros... ¡La Gran Torre Eiffel! Siempre llevaba puesto un gorro parisino del color del azabache y una corbata del color de las cerezas.

Una noche lluviosa de febrero, Roque no podía dormir, se levantó de la cama y se sentó al borde de su ventana. Con la mirada triste comenzó a contemplar las gotitas de agua que caprichosas, se perdían en las aceras. A lo lejos vio a una pareja bailando y jugando bajo la lluvia, parecían felices y eso le robó una pequeña sonrisa. De repente, se sintió triste, se levantó y pensó:

- París, la ciudad del amor! El amor que encuentra todo el mundo! Todo el mundo menos yo... a este paso me saldrán arrugas en la frente y me quedaré solo, solo y sin cola.

Se dejó caer encima de la cama y se quedó en silencio. Al poco tiempo se durmió.

Rita era una ratoncita muy risueña y adoraba madrugar. Todos los días salía a pasear por los campos de hierba y tierra que cubrían la Torre. Cuando se cansaba, se paraba debajo de un banco y esperaba a que alguna persona se sentara para arrimarse suavemente a sus zapatos y olerle los pies durante unos minutos.

- Ummmm! Queso curado! Que rico, delicioso! Lo que daría por un buen Roquefort de Francia.

Cuando Roque se despertó, puso la radio y se preparó el desayuno aunque no tenía nada de apetito... Comenzó a comer el arroz con leche con pocas ganas, cucharadita a cucharadita. En la radio no dejaban de hablar de viajar. Roque se quedó pasmado y con la cuchara en la boca dijo:

- Recáspitas! Como no me había dado cuenta antes! Necesito viajar, coger aires nuevos, disfrutar de la vida!

Rápidamente buscó su viejo globo del mundo, lo cogió y comenzó a darle vueltas.

- ¡Como gira, mi madre! 'Venga para ya que me voy a marear!

Impaciente esperó a que se detuviera en su destino.

- Y ahora el toque final...

Cerró los ojos, esta vez le dio vueltas a su dedo y lo posó encima de la tierra.

- La co, la co... la Coruña? ¿Pero donde queda eso? Bueno no importa, donde sea! Yo me voy en mi preciosa carroza.

Dicho y hecho, cogió su carroza y condujo, condujo sin parar. Al llegar a Coruña, salió de la autopista, paso el Carrefour...

- Ohhh Franceses en la Coruña! Ver para creer!

Se alegró y emocionado atravesó toda la ciudad hasta que no pudo seguir más.

- La carretera se ha acabado ¿Y ahora que hago?

Aparcó la carroza y se dispuso a descubrir aquel lugar. Lo que primero le llamó la atención fue una enorme torre de piedra. Luego se fijó en el mar, las olas se mostraban feroces y el paisaje verde y fresco. Al cabo de un rato, se echó a llover. Roque corrió hacia un banco para resguardarse, justo antes de llegar, un zapato se le hundió en una charca de barro dejándolo descalzo de un pie.

- La tierra y el agua forman el barro, si le pones un zapato encima se queda atascado.

Escuchó una risa que provenía del banco. Giró su mirada y allí vio a la sonriente Rita. El tiempo parecía haberse detenido. Se miraron fijamente durante un puñado de segundos. Rita inclinaba su cara ligeramente y movía muy rápido las pestañas. Roque tenía la boca abierta.

- ¿Quieres que te ayude a quitar el zapato del barro? Dijo Rita.
- Oh! Si, por supuesto.. le estaría muy agradecido! Dijo Roque.

Rita se volvió a reír, aquel ratoncito tenía una manera de hablar muy graciosa para ella. Se presentaron y comenzaron a tirar. Tiraron de frente, de espaldas, de lado, boca abajo, boca arriba, haciendo el pino... pero nada... aquel zapato no quería salir. En el último intento Rita agarró a Roque y Roque al zapato, tiraron tan fuerte como pudieron y...plumm! Ellos acabaron en el suelo y el zapato salió disparado. ¡Vaya golpe se habían pegado! Se lo tomaron con sentido del humor y muchas carcajadas sonaron.

Rita lo invitó a su casa, se contaron muchos secretos, incluso se pusieron del color del lazo y de la corbata... y en esa misma tarde se dieron cuenta de que se gustaban mucho.

¿Y como acaba este cuento? No tenían porque enamorase, podían ser simplemente amigos, pero en este caso, se enamoraron. Años más tarde decidieron casarse y... ¿Sabéis a donde se fueron a vivir? ¡A Teruel!